



# EL ESPACIO URBANO COMO DISPOSITIVO DE CONTROL SOCIAL: TERRITORIOS PSICOTRÓPICOS Y POLÍTICAS DE LA CIUDAD

LUÍS FERNANDES\* y MARTA PINTO\*\*

*\*Profesor de la Facultad de Psicología y Ciencias de la Educación. Universidad de Porto. Porto (Portugal).*

*\*\*Psicóloga Clínica. Centro de Atención a Toxicodependientes (CAT) de Cedofeita, Porto (Portugal).*

## Introducción

Al análisis de las dimensiones psicológica, social y biológica del fenómeno droga debe sumarse el del espacio donde aquel ocurre, así como la interacción entre todos ellos. Con todo, una mirada sobre lo que la producción científica ha dicho en Portugal en cuanto al estudio de la psicoactividad ilegal (Fernandes y Pinto, 2002) puso recientemente al descubierto el desinterés por los

entornos territoriales. En este texto no es eso lo que ocurre. En él hay una mirada sobre las calles y callejuelas, los ángulos y los escondrijos, las esquinas y las escaleras donde la droga se sirve, se hace, se vende, se compra y se pasa, incluso a escondidas de quien por allí pasa.

El análisis presente es fruto de la combinación de dos formas de observación de las actividades marginales: investigaciones etnográficas y experiencias de campo en el seno de equipos de calle de reducción de daños asociados al consumo de drogas y a la práctica de la prostitución. Desde 1990, venimos realizando investigación etnográfica en contextos urbanos que el discurso dominante designa por «hipermercados de la droga»: barrios sociales periféricos e intersticios apropiados por *junkies* (Fernandes, 2000; 2001; Fernandes y Neves, 2002). El trabajo de calle en equipos de reducción de daños nos ha permitido, desde hace seis años, actualizar los datos de las investigaciones anteriores, extendiendo los contextos de obser-

---

\* Luís Fernandes está Doctorado en Psicología del Comportamiento Desviado por la Universidad de Oporto. Miembro del Consejo Científico de Doctorado en Antropología Urbana del Instituto Superior de Ciencias del Trabajo y Empresa de Lisboa. Sus investigaciones se han centrado en el estudio etnográfico de la marginalidad urbana, especialmente la expresión de calle del fenómeno de la droga. Ha publicado en obras colectivas y en revistas científicas de Portugal, Canadá, Francia y España.

\*\*Marta Pinto es psicóloga clínica, miembro de equipos de reducción de riesgos en las áreas de apoyo a trabajadoras sexuales y a usuarios de drogas. Es supervisora del Equipo de Calle G.I.R.V. Gaia en el Gran Porto.



vación a las áreas suburbanas del Gran Oporto, dando cuenta de la evolución de los territorios psicotrópicos y de las reacciones de control social que suscitan.

Como es común en otras metrópolis del capitalismo avanzado, son diversas las sustancias psicoactivas ilegalmente consumidas en Oporto. Todas ellas poseen matices particulares en la forma como toman vida en el seno de las dinámicas sociales, así como en su vertiente espacial. En estas líneas abordaremos aquellas que frecuentemente hacen de la calle su casa y que fueron el blanco preferente de la problematización en las últimas décadas: la heroína y la cocaína.

En términos simbólicos, ambas fueron objeto de un recorte selectivo en relación a los consumos que de ellas se hacen y al estilo de vida a ellas asociado: se destacaron sus facetas más problemáticas y se omitieron las relaciones más funcionales que es posible establecer con ellas. Quien consiguió consumirlas de esta forma se escondió de las miradas ajenas, y quien no lo hizo se tornó visible por su degradación. El *junkie* vendría a ser la figura corpórea de este tipo de decadencia, y la heroína y la cocaína fueron asociadas a su imagen haciendo, en gran parte, suyos los lugares del *junkie*.

Es de esos lugares de los que ahora nos ocuparemos: los lugares urbanos de vida de la heroína y de la cocaína en su expresión de la calle. Les hemos llamado, a lo largo de nuestros trabajos etnográficos, *territorios psicotrópicos*: seductores de individuos que tienen intereses en torno a las drogas, con un programa comportamental orientado ha-

cia los aspectos instrumentales ligados a un estilo de vida en el que aquéllas tienen un papel importante. Se configuran como territorios a través del reconocimiento de las funciones que desempeñan y de los comportamientos de defensa en relación a extraños por parte de los actores que se apropian de dichos territorios. Se estructuran como intersticio espacial, constituyendo el eslabón final de la maquinaria de distribución de las drogas. Un territorio psicotrópico es un escenario de conducta de acuerdo con el concepto propuesto por la psicología ambiental: tiene como función importante clarificar los papeles y las expectativas de los actores en presencia, a través del reconocimiento de su repertorio comportamental. El escenario de conducta concibe a los individuos como anónimos y equipotenciales, no dependiendo para su funcionamiento de algún actor en concreto, lo cual explica su resistencia a las embestidas del control social.

Comenzaremos por interrogar a la geografía psicotrópica portuense. Se trata de describir la anatomía de estos territorios y las relaciones que la ciudad establece con ellos, dando cuenta también de la existencia de una nueva figura de marginalidad: el *aparcacoches*. Enseguida exploraremos la producción simbólica que el discurso dominante ha difundido insistentemente a través de la comunicación social a propósito de estos lugares y la consecuente reacción de los poderes públicos en relación a aquello que entienden por transgresión y desorden.



## **Territorialidad *junkie***

Los actores del psicotropismo, para poner en práctica las actividades ligadas al mundo de la heroína y la cocaína, se apropian de determinados lugares de la ciudad cuyos perfiles ecosociales se revelan como los más adecuados. Utilizando como criterio esa territorialización funcional de los espacios, podemos enunciar tres tipos de zonas de «labor» psicotrópica: puntos de mercado; puntos de consumo; zonas de adquisición de fondos.

La división entre estos tres tipos de áreas no es rígida ni su funcionalidad es obligatoriamente exclusiva: en algunas zonas de confluencia se desenvuelven simultáneamente las tres actividades -venta, consumo de drogas y adquisición de fondos. No obstante, principalmente en lo que respecta a los puntos de mercado, es habitual que se trate de lugares claramente connotados por sólo una de esas actividades. Son secciones territoriales donde una función remite a un segundo plano todas las otras que el lugar podría asumir. Pasan a ser espacios de eso y no de otra cosa cualquiera<sup>1</sup>. Enclaves de función que se distinguen, por lo que en ellos se hace, de todo el espacio circundante, atravesando límites físicos bien definidos. La territorialidad de las actividades psicotrópicas crea, pues, divisiones claras en los espacios urbanos y esta segregación puede ser fina hasta el extremo de, por ejemplo, distinguir las zonas de consumo fumado de las de consumo inyectado -la discriminación a la que los fumadores de heroína y cocaína someten

a los que se «pinchan» corresponde, en esos casos, a una segregación espacial.

## **Puntos de mercado**

Habitualmente, están ubicados en las zonas más pobres de la ciudad, aquellas que constituyen su periferia social y hasta espacial, y donde el control social informal perdió fuerza. Hay cerca de 40 barrios sociales en Oporto, pero sólo algunos de ellos asumieron esta funcionalidad -los que reunieron las condiciones socio-ecológicas ideales a la aparición de este tipo de mercado. Son esas idiosincrasias que explican el hecho de que los vendedores de heroína y cocaína a veces no sean autóctonos y sí «arrendatarios» que alquilan aquel espacio solamente para comercializar las sustancias y que, fuera del horario de venta, habitan en otras zonas de la ciudad. Los trazos ecológicos de determinado lugar le prestan, por eso, un valor comercial particular.

Las estrategias de venta, así como la cantidad y organización del personal implicado, dependen del volumen de negocio que se lleva a cabo diariamente. En Oporto, los puntos de venta tienen dimensiones muy variables -en una metáfora, algo que puede variar entre el ultramarinos de la esquina y una gran superficie... En núcleos urbanos y periurbanos, donde la censura social es fuerte y donde hay un interconocimiento razonable entre los residentes, la venta tiende a ser realizada de forma discreta en pequeños puestos (por ejemplo, en casas abandonadas) o a cielo



descubierto en espacios intersticiales. Los vendedores son frecuentemente toxicodependientes u otros actores que ven en esa actividad una alternativa económica tentadora, pero que lo hacen de manera poco estructurada, con un volumen de negocios modesto. Esta falta de profesionalismo es a veces tan grande que llegamos a presenciar la escena siguiente: varios clientes y el propio vendedor esperaban ansiosamente la llegada del producto. Entretanto se aproximaron dos personas con un aspecto algo distinto que, desde luego, no causó desconfianza y que permanecieron también allí a la espera, como si de compradores se tratase. Cuando las sustancias finalmente llegaron y el negocio se estableció, sucedió lo más imprevisible: los policías se identificaron como tales. Esto sería imposible en un mercado más «profesionalizado».

En paralelo a este comercio hay otro, de mayores dimensiones, que se instala casi siempre en los barrios sociales degradados y cuyo volumen considerable de negocios se debe a la totalidad de pequeñas dosis de heroína y cocaína vendidas a una enorme profusión de clientes. Supone la contratación de varios trabajadores (muchas veces drogadictos) y la existencia de jerarquías entre ellos: desde los «*capiadores*» (que atraen clientes buscando desviarlos de la competencia), a los *vigías* (que hacen sonar la alarma en caso de sospecha de presencia policial), a los *preparadores* (muchas veces niños que hacen, por ejemplo, el empaquetamiento del producto), a los *transportadores* (que recogen las sustancias de los abastecedores), etc.

Implica también una elección del lugar de venta en base a criterios específicos (por ejemplo, de acuerdo con la inaccesibilidad que tiene en relación a las redadas policiales), así como la contratación de servicios, como el del almacenamiento del producto de tal forma que el vendedor no tenga consigo enormes cantidades, en el caso de una embestida sorpresa por parte de la policía<sup>2</sup>.

En el fondo, constituyen pequeñas empresas de trabajo informal que mueven miles de euros por día y alrededor de las cuales se monta también todo un circuito comercial paralelo, que beneficia financieramente a una parte de la población marginal que habita en las cercanías. Un ejemplo claro de eso: una de las vecinas de uno de los más conocidos *dealers* de Oporto aprovechaba la gran afluencia nocturna de *enganchados* y los largos períodos de tiempo que perdían en la cola de espera (que a veces serpenteaba por las escaleras desde el 5º piso hasta la calle) para venderles «*bifanas*» (conocida comida típica portuense). Otro ejemplo ilustrativo es la posibilidad que los autóctonos tienen de comprar a los *resacados* todo tipo de bienes por precios irrisorios. Para personas de pocos recursos esta es una oportunidad nada despreciable.

Estos mercados de mayor dimensión propician una clara diferenciación entre los que compran y los que venden, entre los *resacados* y los *camellos*, como se designan mutuamente. Estos, incentivados por la rivalidad con los vecinos que compiten en la misma actividad, ostentan muchas veces su poder económico, que contrasta nítidamente con la



degradación física de algunos de sus clientes<sup>3</sup>. Y este es uno de los factores que contribuyen en la compleja relación que se establece entre ambos actores: los consumidores de drogas manifiestan frecuentemente sentimientos de odio y de revuelta hacia las figuras que ven como explotadoras implacables de su dependencia, pero al mismo tiempo las defienden acérrimamente de la policía encubriendo con todo el esfuerzo necesario la ilegalidad de sus actividades. Es esta interdependencia mutua la que confiere gran solidez al mercado.

Los barrios sociales donde estos mercados funcionan tienen los mecanismos de control social formal debilitados. Las fuerzas policiales tienen una enorme dificultad para entrar allí, porque su presencia desencadena reacciones violentas (y, a veces, armadas) por parte de un número significativo de residentes. Es la propia representación de la policía en cuanto fuerza de mantenimiento del orden la que aquí se pone en causa: muchos de los habitantes de estos barrios ven en los agentes policiales figuras persecutorias y no de protección. Además, la percepción y los sentimientos negativos frente a los policías ya están tan enraizados en algunos lugares que podemos fácilmente encontrarlos en los niños más pequeños.

También el control social informal está debilitado. Los habitantes que no aceptan con facilidad la venta de drogas en su zona de residencia no consiguen, por eso, impedir las. Nacen así rupturas sociales que se traducen en discontinuidades en el propio espacio. El mercado de calle queda entonces

circunscrito a una unidad territorial evitada por los que no participan en ese mundo. En uno de los barrios estudiados, constituido por cinco torres de pisos, todo el aglomerado poblacional se reorganizó de forma que no se quebrase este principio: para que la compra y venta de heroína y cocaína se concentrase en una sola torre se llegaron a permutar casas. Esa recomposición espacial permitió un reequilibrio de las dinámicas sociales y hoy, cuando por allí paseamos, encontramos una discontinuidad nítida entre un segmento espacial donde circulan casi exclusivamente los actores de las drogas en su frenesí cotidiano y otro donde son otros el tiempo y los actores. Donde las tradicionales mujeres mayores de delantal conversan entre sí, atentas a los nietos que juegan en la calle; donde se venden golosinas a los niños en mostradores improvisados; donde vecinas paran para tomar café en el centro social y charlar sobre la vida y sobre «los mocitos tan jóvenes y guapos que se pierden en la droga».

### **Puntos de consumo**

Son lugares marginales que habitan el intersticio. Intersticios de espacio, intersticios de tiempo. Son lugares donde parar significa viajar. Lugares de discontinuidad con el frenesí que gira en el lado de fuera. Para la inyección y el humo se tiene que estar tranquilo, sin algazara ni agitación<sup>4</sup>. Es un momento que tiene que ser apreciado en cada milésima de segundo que lo constituye.



Un interregno de tiempo, de silencio, en el que el sujeto se dobla sobre sí mismo en un silencio autoindagador. Cada consumo es un fin, después de todos los medios utilizados para alcanzarlo. Es, por eso, íntimo, lento, lejano, solitario. No se compagina con interrupciones, ni ruidos, ni miradas furtivas. Mucho menos con los juicios morales de quien pasa. Hay, entonces, que vestirlo con muros, con vegetación. Los lugares públicos más recónditos y adecuados a este momento vienen siendo casas abandonadas y terrenos baldíos. Las fábricas que antaño acogían la labor industrial de la urbe constituyen también escenarios ideales al sosiego que se busca. El *junkie*, sólo con su jeringuilla, ya alejado, por degradación relacional, de los lugares en los que antes consumía, tiene por hábitat para el chute la ciudad en decadencia -lugares en ruina.

Estos espacios son casi siempre privatizados por alguien que pasa a ser su dueño, alguien que por la fuerza o por *usucapião*<sup>5</sup> se impuso como propietario, instituyendo las reglas de convivencia en el lugar y usufructuando retribuciones por su utilización. Lo que este actor recibe por permitir el uso por parte de otro del espacio en cuestión puede ser lo suficiente para que no sienta la necesidad de salir de allí durante bastante tiempo. Además, por el valor comercial que poseen, estos lugares no deben ser abandonados ni que sea por poco tiempo: los robos se suceden (incluso se llevan las jeringuillas) y el espacio puede ser vandalizado o, peor, reocupado. Por eso, es frecuente que dos consumidores de drogas exploten en «sociedad co-

mercial» uno de estos lugares y se instalen en él de forma absoluta, dejando pasar varios años sin que salgan de allí<sup>6</sup>. Verificamos también este sedentarismo en relación a los vendedores, pero por motivos diferentes: por el recelo de sufrir represalias si abandonan el barrio.

A cambio de la prestación de servicios como la inyección, la prestación de material de inyección, o el simple permiso para la utilización de aquel espacio alejado de las miradas indiscretas, los consumidores que explotan estos lugares satisfacen sus necesidades de narcosis con los resquicios del producto que sus clientes les dejan. En uno de los barrios que estudiamos, uno de los consumidores más emblemáticos de la ciudad construyó una chabola en un terreno baldío fabricando una «casa comercial de chute» y a tal efecto construyó un mostrador donde atendía a los otros consumidores y donde creó toda la logística necesaria para ese negocio. Su apodo era, curiosamente, «Pico». Y una vez más se constata el poderoso valor comercial de un espacio propicio a la concretización de actividades marginales.

### Zonas de adquisición de fondos

Porque la necesidad agudiza el ingenio, las maniobras usadas para la sustentación financiera de los consumos de drogas son innumerables. Del vasto universo de las actividades de adquisición de fondos hay, con todo, dos que se destacan por la forma como se volvieron representativas del «mundo de



la droga» en Oporto: la prostitución en el caso de las mujeres y «el aparcamiento de coches» en el caso de los hombres. Haremos un breve apunte acerca de su concretización topográfica.

La prostitución de calle asumió en los últimos años una transformación innovadora: a las tradicionales «mujeres de la vida» se juntaron recientemente otras, toxicodependientes, que adoptaron la misma actividad. El trabajo sexual se reveló como una forma más o menos garantizada y fiable de conseguir el dinero necesario para las dosis diarias, popularizándose entre las consumidoras de drogas. Pero la presión de la *resaca* hace que se debiliten sus exigencias a los clientes: si la necesidad se impone, no importa el precio, ni el lugar, ni la modalidad sexual elegida, ni siquiera si se usa preservativo o no. Lo que interesa es recibir el dinero rápidamente. Todas las reglas que antes se cumplían sin pensarlos dos veces se vuelven, en aquel momento, metas fútiles y lejanas. Principios de otros tiempos, que sólo en otros tiempos preocuparán. Allí se vive el presente. El pasado y el futuro sólo tendrán lugar en el después. Esta desregulación de la actividad es blanco de la furia de las prostitutas más tradicionales porque desregula el mercado. La coexistencia entre ambas es conflictiva por eso mismo. Porque la competencia es vista por las más antiguas como desleal, por un lado, y como perturbadora de un mercado que estaba hace mucho instalado con códigos de conducta propios. El hecho de que las toxicodependientes hagan sexo sin preservativo y bajen los precios hace que aquéllas vean dificultado

el mantenimiento de sus exigencias a los clientes. Es frecuente, por eso, que las prostitutas más tradicionales se unan para impedir la instalación de las toxicodependientes en sus zonas, o que les apliquen el tratamiento habitual que dan a las novatas que osan ocupar ese valioso territorio ya privatizado: la agresión del *chulo*. Éste, en las concepciones del ciudadano común, tiende a ser visto como un mero explotador del trabajo sexual de las mujeres, pero muchas veces asume la función de defensa de la(s) prostituta(s) que tiene bajo su protección (en relación a clientes violentos, por ejemplo) y del propio territorio que, por sus características (específicamente su ubicación en la urbe) tiene un valor comercial por el cual es necesario, literalmente, luchar.

Ahora, la prostitución tradicional se hace mayoritariamente en la parte central de la ciudad, en las zonas que rodean el centro histórico, donde hay una serie de pensiones en las cuales se ejerce esta actividad. Si las toxicodependientes no son aceptadas aquí, ¿a dónde van? A las carreteras concurridas del cinturón periférico de Oporto, en las proximidades de los barrios sociales de mayor actividad psicotrópica. Se posicionan típicamente en lugares algo sombríos y algo alejados de las zonas residenciales y comerciales. Atienden a los clientes en los coches en los que éstos se desplazan, no usando tanto las pensiones como es habitual en el otro mercado paralelo. Son prostitutas «sin despacho», que hacen lo que sea preciso, donde sea.

Estas mujeres paran donde los otros circulan. Hablemos ahora de los que circulan



donde los otros paran: los *aparcacoches*. Al contrario de estas prostitutas, se concentran casi siempre en el centro de la ciudad. Privatizan el asfalto. Lo vuelven suyo. Incluso cuando la entidad municipal cree que los lugares de aparcamiento son suyos y allí instala los parquímetros para rentabilizarlos, he aquí que los «hombres del asfalto» le hacen competencia: «Deme la moneda a mí. Si vienen los fiscales del Ayuntamiento yo pongo algún dinero en la máquina». Los *aparcacoches* no hacen más que privatizar un espacio que antes era público exigiendo, de forma más o menos evidente, más o menos educada, una retribución monetaria por la ocupación de aquel espacio ahora rentabilizado. Y esta privatización queda, además, sujeta a las leyes del mercado, de la oferta y de la demanda: las áreas de mayor interés estratégico desde el punto de vista del aparcamiento (por ser las más buscadas por los automovilistas) tienen una gran cotización en el mercado, llegando a ser alquiladas por el *aparcacoches* que detenta su propiedad a otros que de ella necesiten cuando él no está.

Puesto que son espacios altamente valiosos (que pueden generar ganancias diarias del orden de los 75 euros), no es raro que se hagan sociedades entre dos o tres *aparcacoches* que llevan a cabo entre ellos una gestión del sitio. Así el lugar nunca está desprotegido, a merced de una ocupación competencial. Para que esto no pase y para que no existan períodos de rentabilización nula del aparcamiento, mientras uno de los miembros de la sociedad va a comprar el producto, el otro permanece aparcando y, en

el momento de la compra siguiente, los papeles se invierten. Hay también reglas que aseguran la distribución igualitaria de los beneficios. Por ejemplo, la alternancia en el abordaje a los clientes.

El estudio de estas dinámicas revela una intrincada tela de reglas y trucos que son cuidadosamente aplicados con vista a la rentabilización de la actividad: desde la colocación, en ocasión de cada aparcamiento, de tablas que faciliten la subida a las aceras sin dañar las suspensiones de los coches, hasta la ropa que se viste (un aspecto cuidado es menos rentable). La presencia prolongada de un grupo de *aparcacoches* en una determinada zona habitualmente origina una ética y una metodología de trabajo comunes y la penalización de las transgresiones. Por ejemplo, si un *aparcacoches*, en estas circunstancias, robase a alguien en la zona, sería penalizado -normalmente con violencia física- por los colegas, pues eso les traería mala fama y ahuyentaría a los clientes.

Esta preocupación por el bienestar de los clientes, con la adopción de una actitud agradable que conquiste la confianza de los automovilistas, es uno de los principios más respetados por los *aparcacoches* con más años de carrera. Se ven como profesionales que aprecian su actividad y que buscan, de hecho, prestar un servicio que consideran útil. Y es entonces y allí -donde los *desordenados* ordenan- donde el *junkie* ordena el lugar que deberá ocupar cada automóvil en el espacio urbano común, que a veces algunos de los más enraizados preconceptos acerca de estos que caminan en el polvo se desha-





cen en polvo. Por ejemplo, cuando personas de estratos sociales favorecidos entregan la llave de su Volvo al aparcacoches que ya conocen para que éste les estacione el vehículo cuando surja un lugar y, mientras tanto, van tratando de sus negocios.

Como se comprenderá por todo lo dicho, la instalación de un mercado psicotrópico en un barrio social crea complejas relaciones de dependencia entre los diversos actores que en él participan y que gravitan en su entorno. Parte de la comunidad local se adapta a esa realidad y aprende a conseguir beneficios; los *dealers* y los *junkies* funcionan en interdependencia; y hasta los técnicos de calle necesitan establecer relaciones de colaboración con estos tres vectores que, por otro lado, también acaparan su intervención. No debemos olvidar que, en esta intrincada tela, las fuerzas políticas y represivas también pueden obtener dividendos cuando quieren impresionar a los electores haciendo visitas de campaña o aparatosas operaciones policiales de efímeros efectos.

Dedicaremos la próxima sección precisamente a la reacción social a los territorios y a los actores que acabamos de analizar, centrándonos en dos instancias: la comunicación social y los «decisores» políticos locales.

### **Efectos simbólicos de los territorios psicotrópicos: la imagen predatoria de la ciudad**

La proliferación de territorios psicotrópicos por la ciudad de Oporto, principalmente

en su anillo periférico de barrios sociales, tendrá un fuerte impacto en los medios de comunicación de masas. El ciudadano común no tiene, en general, experiencia directa de esta realidad y construye su representación a partir de las propuestas mediáticas. En esta sección exploraremos los principales efectos simbólicos producidos por la narrativa de los «barrios de las drogas». Por su parte, estos efectos simbólicos acabaron por producir consecuencias a nivel de los mecanismos de control social sobre la marginalidad, visibles tanto en la alteración de las estrategias policiales como en la gestión urbana de los «espacios problemáticos». Dedicaremos el tercer punto a la identificación de los trazos fundamentales de este proceso.

Los territorios psicotrópicos resultan del cruce de varias circunstancias: la inclusión de Portugal en las rutas internacionales de distribución de heroína y cocaína, pocos años después de la revolución de Abril y de la abertura del país a la comunidad internacional; el aumento del número de consumidores de drogas y la escalada, a finales de los años 70, hacia productos y usos más duros; la fidelidad de una serie de usuarios a la heroína, en crecimiento simétrico con el de la profesionalización del mercado minorista de este producto y la consolidación de una extensa red de puntos de venta en calle. Estos lugares funcionaban simultáneamente como placas giratorias de la convivencia *junkie*.

De este modo, los años 80 llevan los territorios psicotrópicos a las candilejas mediá-



ticas, por lo cual, en la amalgama típica de los estereotipos, correspondía etiquetar como problemática toda aquella zona en que se implantaban. Emerge en la representación colectiva la figura de «barrio social degradado», transformado por su territorio psicotrópico en «hipermercado de las drogas»<sup>7</sup>. El efecto mítico-simbólico de la amplificación mediática de los territorios psicotrópicos no se hizo esperar: la asociación periferia-droga, clases desfavorecidas-toxicodependencia, barrios sociales-tráfico; la asociación droga/toxicodependencia/tráfico-delinuencia/inseguridad urbana.

Si los años 80 fueron los de la instalación y consolidación de los territorios psicotrópicos alrededor de la heroína, los años 90, como efecto de la intensa mediatización de este fenómeno, serían los del crecimiento del *rumor insegurizante*: una narrativa tejida en el día a día de la ciudad, al sabor de las conversaciones ordinarias, que la relataba plena de nuevos peligros protagonizados por el *resacado* (el toxicodependiente en síndrome de abstinencia buscando a través de la violencia lo que no conseguía por las vías legales: el dinero para la dosis)<sup>8</sup>. El rumor insegurizante es una especie de insistencia generada a partir de acontecimientos discretos, como el asalto con la jeringuilla infectada como arma, multiplicándolos y difundiendo hasta los confines de lo social.

En síntesis, los años 80 y 90 construyen una narrativa de la ciudad en crisis con base en la asociación droga-criminalidad-periferia urbana degradada. La droga tiene poder

desagregador: del individuo, del territorio y del cuerpo social. El individuo compromete su propia trayectoria de vida, fracturada por el acontecimiento-droga; la conquista de espacios públicos por parte de los traficantes y las respectivas reacciones populares, organizadas en ocasiones bajo la forma de milicias, fragmentan el barrio social y éste, a su vez, aumenta la distancia que mantiene con el centro; la probabilidad de victimización proclamada por el rumor insegurizante afecta al vínculo social y potencia la segregación.

La droga es principio de desorden y la ciudad, con su vida cotidiana duramente tocada por el *junkie* de la calle, construye de sí misma una imagen predatoria. La comunicación social, que había colocado a los barrios en el mapa mental del ciudadano de Oporto, comienza a difundir la idea de que hay un «atlas del miedo» (lenguaje de los periódicos) que tiene como *topos* principales los más conocidos barrios degradados de la ciudad, que a su vez sólo son conocidos porque la propia comunicación social los sacó del anonimato. A partir de ellos la droga irradiaría hacia el restante espacio urbano, irradiando con ella la peligrosidad del toxicodependiente de la calle.

La imagen predatoria actúa, a nivel individual, a través de una creencia en la peligrosidad del espacio urbano. Es como si el individuo regulase sus interacciones con desconocidos a través de una *hipótesis predatoria*: funciona como un esquema interpretativo de tales interacciones, condicionando la libertad de circulación en el hábitat urbano<sup>9</sup>.



## Consecuencias materiales de los efectos simbólicos de los territorios psicotrópicos

A mediados de los años 90 estaban establecidos los principales elementos del sentimiento de inseguridad. Investigaciones del Observatorio de Seguridad de Oporto (Machado y Manita, 1997; Machado, 2004) resaltaban el aumento de la conciencia de riesgo, por efecto combinado de la victimización vicaria con los relatos de los *mass media* y mostrando la importancia del «problema de la droga» en este escenario:

«La criminalidad se consideraba fuertemente asociada al tema de la droga, como causa de crimen, y a la figura del toxicodependiente, en cuanto su agente (...) ésta era, por así decirlo, la figura prototípica del crimen en la ciudad (...). La escena criminal por excelencia parecía, por tanto, estar situada en el contexto de la calle y, más probablemente, en los espacios marginalizados de la ciudad; estar protagonizada por el toxicodependiente, bajo el efecto de la droga o de su carencia; y, en términos de actos, tendería hacia la violencia o incluso a la muerte de la víctima» (Machado, 2004).

No sorprende, por tanto, que los decisores políticos de la ciudad comiencen a prestar atención a los «espacios peligrosos», cosa que ocurrirá, como veremos, también en Lisboa. Intervenir en el «problema de la droga» implicaría, a partir de ahora, intervenir en la propia espacialidad de la urbe. Sólo que un nuevo fenómeno va a complicar bastante esta tarea, pues desorganizará la topografía de la

amenaza, diseminándola por todo el centro urbano: la aparición de los «aparcacoches».

### Aparcacoches

Los aparcacoches comienzan a ganar visibilidad en los inicios de los años 90 e intensifican su presencia a lo largo de toda la década. Se extienden por las calles centrales de Lisboa y de Oporto, ejecutando un nuevo servicio consistente en ayudar al conductor a encontrar un lugar para el coche a cambio de una moneda, incluso cuando éste no desea la ayuda. En poco tiempo se contarían por centenas estos actores de una nueva economía del margen<sup>10</sup>. Los «aparcacoches», como son hoy designados, eran casi en su totalidad toxicodependientes.

Podríamos decir que el aparcacoches constituyó una nueva modalidad de presentación pública del «drogadicto»: convertía el contacto del ciudadano común con el «mundo de la droga» en un hecho concreto, haciéndolo descender del plano virtual de las espectaculares imágenes televisivas hasta el plano de lo tangible; deslocalizaba «la droga» de la periferia hacia el centro, haciendo participar al *junkie* en las interacciones ciudadanas ordinarias; interpelaba la narrativa oficial sobre el «resacado», que al final disponía de modalidades de relación más pacíficas que la del asalto en la calle -el «drogadicto» podía, al final, inscribirse en la dinámica de la ciudad.

No nos resistimos a reproducir aquí los comentarios de Philippe Bourgois en su visita a Oporto en 2001: «Encontré el fenómeno



de los aparcacoches especialmente interesante: me pareció una forma brillantemente digna, segura y relativamente neutra mediante la cual los toxicodependientes y los alcohólicos mantienen sus hábitos y, al mismo tiempo, desempeñan una función casi amistosa, aunque de utilidad residual, que les permite mantener alguna dignidad y simultáneamente ganar lo suficiente como para no resacar. Me sorprende que el aparcamiento de los coches no se haya convertido en una moda en los EEUU. Su ausencia representa seguramente alguna dinámica sociológica más profunda<sup>11</sup>».

Así, en el espacio de dos décadas, la figura del «drogadicto» se transfiere de una representación que lo ligaba a fenómenos de moda importados del imaginario pop-rock anglosajón a otra que lo relaciona con la degradación, la exclusión y la peligrosidad. J. Quintas (1998) evidencia, para la población de Oporto, las formas elementales a las cuales se reduce la figura del drogadicto: «necesita ayuda», «tiene problemas», «vicioso», «ladrón», constituyen el núcleo duro de su representación social.

El aparcacoches concentra de manera precisa todos estos elementos del estereotipo. Es una figura ambigua, que se desliza entre la pobreza urbana, la marginalidad y la peligrosidad. Y, a medida que se va extendiendo por calles y plazas, se convierte en el centro del nuevo efecto mítico-simbólico: la ciudad sería incapaz de contener en límites físicos apropiados a los marginales, que así invaden el centro. Y exponen a la población a contactos que, aunque no violentos, son incómo-

dos e indeseables: las imágenes de la degradación física del *junkie*, que ya habían ocupado el centro del discurso social, ocupan ahora el centro del territorio urbano. Y la narrativa sobre la exclusión y la miseria -muchos de estos aparcacoches son simultáneamente personas sin hogar- incorpora el rumor insegurizante. La diseminación espacial de los aparcacoches refuerza, en síntesis, la hipótesis predatoria y se convierte en un elemento importante en el debate sobre la reposición del orden que caracterizará una buena parte del discurso político<sup>12</sup>.

### Planes de reconversión urbana

Paralelamente, a finales de los años 90 gana intensidad pública el discurso que denuncia las políticas criminales de la droga. En 2001 es aprobada en el Parlamento una ley que despenaliza el consumo y reglamenta las políticas de reducción de daños.

La ineficacia del dispositivo criminal clásico era visible tanto al nivel de la calle, como ya describimos, como al nivel de los sistemas de control: la represión policial no consigue alterar el normal funcionamiento de los territorios psicotrópicos más importantes, consiguiendo cuando mucho dislocar temporalmente de lugar los puntos calientes de *dealers* y *junkies*. En cuanto a la prisión, cerca del 70% de los reclusos están encarcelados por su ligazón con las drogas y la criminalidad relacionada con ellas y la circulación de sustancias psicoactivas en el interior de las prisiones revela el mismo efecto de-



sorganizador que evidenciaba en medio abierto. El *junkie*, que los especialistas ya habían caracterizado como alguien incapaz del autocontrol, provoca también una crisis en los heterocontroles clínico, sanitario, policial, jurídico y penitenciario. Su deriva por los espacios hasta ahora preservados de la ciudad es a las claras la expresión de la quiebra de tales heterocontroles.

Un nuevo frente de intervención nace entonces en el cambio de milenio. Sus protagonistas no son el dispositivo terapéutico ni el aparato jurídico-penal y sí los poderes municipales de gestión del espacio urbano. Ni agentes educativos, ni profesionales de la prevención, ni terapeutas, ni policías; ahora es el turno de los planificadores urbanos y de los arquitectos. Las zonas consideradas más críticas de Lisboa y de Oporto serán blanco de intervenciones urbanísticas, sugestivamente designadas como «planes de reconversión». Matza, en su clásico *Becoming deviant*, ya nos había hecho saber que, después de la deriva entre los mundos normativo y desviado, podía darse en el actor social una *conversión* a través de la cual adquiriría una identidad desviada. Después de la conversión a la droga adquiriendo la identidad *junkie*, su presencia en la calle la convierte también, a nivel de la identidad urbana, en «zona de la droga» -ahora hay que reconvertirla a la normalidad, volviendo a identificarla con la ciudad abstinente.

Así, en la segunda mitad de la década de los 90, los dos más conocidos territorios psicotrópicos -el *Casal Ventoso* en Lisboa y el

*Bairro da Sé*, en el centro histórico de Oporto- son objeto de importantes operaciones en su espacio físico<sup>13</sup>. En 2002 se inicia el plan de reconversión del *Bairro de S. João de Deus*, en Oporto, que se había convertido mientras tanto en el territorio psicotrópico más importante de la ciudad. No entraremos aquí en detalle sobre las características de estos planes de reconversión. Lo que importa destacar es que todos ellos implican una importante reducción de la densidad demográfica del barrio, revelándose en este proceso el conflicto simbólico: los poderes tienen que decidir quién tiene que salir, recayendo sobre ellos la sospecha de que, en este proceso, se organiza una operación de «limpieza social», retirando preferentemente a los individuos sospechosos de conexión con el mercado de las drogas<sup>14</sup>.

Esta «limpieza de calle» no se limitó a la periferia, sino que se extendió igualmente al centro, en las arterias y plazas territorializadas por los aparcacoches. En 2002, el nuevo poder municipal de centro-derecha decidió «erradicar a los aparcacoches», para devolver al centro urbano su aspecto de ciudad de orden. Esta acción se justificaba con el argumento de que el ciudadano que no comete delitos tiene derecho a no ser incomodado en sus recorridos ordinarios<sup>15</sup>.

La droga sirve ahora como pretexto organizador de la ciudad, legitimando la intervención en zonas críticas. Si ella desorganizó la ciudad, comenzará ésta a reorganizarse por los puntos donde se sintió más dañada; es este el efecto material del poder simbólico del «problema de la droga»: interviniendo ur-



banisticamente en los «hábitats de la droga» se interviene en la ecología de la ciudad.

### Nota final

En síntesis, en Lisboa el *Bairro do Casal Ventoso* y en Oporto los *Bairros da Sé* y de *S. João de Deus* eran los más poderosos símbolos de la instalación de las drogas en la ciudad, constituyendo una especie de fortificaciones casi impermeables al control represivo y vistas por la opinión pública como una especie de santuarios *junkie*. Delante de la ineficacia de la acción policial en la desarticulación de las actividades ligadas a las drogas, se optó por una nueva estrategia consistente en modificar el espacio volviéndolo menos permeable a las actividades desviantes y más accesible al control social.

El control de la droga es ahora simbolizado a través del poder sobre el espacio público. Los planes de reconversión, que comienzan invariablemente por las demoliciones, son la exhibición ritual de la reconquista de aquello que la droga había robado: la propia calle. El control del espacio estaba perdido, en una guerra en que *dealers* y *junkies* callejeros se habían revelado más resistentes que la policía. Ésta comenzaba, incluso, a ser blanco de ataques al penetrar en algunos territorios más famosos -enfrentamientos ampliamente cubiertos, a veces en directo, por las televisiones. Vencer a la droga es ahora, en el discurso público de los dirigentes, retomar el control sobre los *sitios de las drogas*<sup>16</sup>.

Esta nueva estrategia de combate a la

droga es, una vez más, un ritual mágico de conjuración del problema, según la fórmula «se corta la selva, se mata el bicho». En *S. João de Deus*, al final de la operación de reconversión, el barrio habrá pasado de 4.000 habitantes a cerca de 800. ¿A dónde fueron los otros? ¿Cómo se reorganizan en los nuevos hábitats residenciales? ¿Se reconstituyeron allí territorios psicotrópicos nuevos? ¿Continuarán desplazándose a zonas donde se hace el *deal*, pudiendo incluso alquilar allí espacios? ¿Fueron a competir con los que allí había, o cambiaron de actividad? Con la neutralización espacial de un territorio psicotrópico otros se recomponen y sustituyen a aquél. En ocasiones él mismo se recompone parcialmente. Este movimiento ya es hoy perceptible en Lisboa, después de la neutralización espacial del *Casal Ventoso*. Suscribimos el análisis de uno de los más conocidos criminólogos de Portugal cuando afirma que «no creemos que la intervención urbanística que este barrio está sufriendo sea una contribución para extirpar la toxicodependencia. Es una lectura simplista, bastante populista, que relaciona de forma desdichada el urbanismo con la droga»<sup>17</sup>.

Esta estrategia centrada en el espacio corresponde al cierre del célebre triángulo sustancia-individuo-contexto. Se intervino en el control de la oferta, pero la sustancia resistió y proliferó; se intervino en el control de la demanda, pero los actores de las drogas resistieron, se multiplicaron; se interviene ahora en el contexto, pero comienza a haber la evidencia de que los territorios psicotrópicos se fragmentan, pulverizándose por la ciudad.



## Notas

1. Un ejemplo extremo de esto es el de uno de los barrios sociales de la zona occidental de Oporto, donde existe un habitáculo para depositar basura doméstica, que fue transformado en lugar de consumos fumados de cocaína y en cuya puerta se pintó con letras mayúsculas la indicación de su actividad, primordial en los días que corren y que suplantó la anterior -«*canecos*» (designación que en la jerga se adoptó para un determinado tipo de consumo de base de cocaína hecho en una especie de pipa manufacturada).
2. Los «*capiaidores*» llegan a pregonar el producto en un comportamiento semejante a aquel que es tradicional en las vendedoras de fruta o de pescado: «¡Buen *jaco!* ¡Buen *crack!*». En uno de los barrios portuenses el punto de venta se encuentra en una colina donde el control de todos los que entran y salen es fácil; en otro, sólo muy recientemente una conocida vendedora fue detenida, pasados once años de actividad sin que la policía consiguiese cogerla *in fraganti*, ya que se situaba en uno de los últimos pisos de un edificio, por lo que el tiempo empleado por los agentes para llegar era siempre el suficiente para que fuesen destruidas todas las pruebas.
3. La actitud ostentosa se traduce en la compra de coches vistosos y de potentísimos aparatos de sonido, en el uso de ropas de marcas consagradas, en la exhibición de aderezos en oro y, más recientemente, en la posesión de perros de razas consideradas agresivas. A la llegada a algunos de estos lugares, un *outsider* puede sentirse perplejo ante el absoluto contraste entre el más reciente *cabriolet* de Mercedes y los edificios en ruina a la puerta de los cuales está aparcado.
4. Cuántas veces en estos sitios hay protestas porque se está hablando demasiado alto sin respetarse el momento del *chute* de alguien.
5. En portugués, «*usucapião*»: figura legislativa portuguesa aplicada, por José Machado Pais (2001) al dominio tácito de un parking por parte de los *aparcacoches* y que se define en el Art. 1287 del Código Civil de la siguiente forma: «La posesión del derecho de propiedad o de otros derechos reales de gozo, mantenida por cierto lapso de tiempo, faculta al poseedor, salvo disposición
- en contrario, la adquisición del derecho a cuyo ejercicio corresponde su actuación: es lo que se llama *usucapião*.»
6. El sedentarismo en estos lugares puede ser tan fuerte como nos cuenta este ejemplo: recientemente acompañamos a un consumidor de drogas a su salida del barrio, donde había ocupado durante mucho tiempo una casa anteriormente abandonada, y verificamos la total sorpresa con que observó las alteraciones urbanas que se habían realizado en el área circundante en los años anteriores (en un radio de 500 metros alrededor del barrio).
7. En otro texto (Fernandes, 2001) analizamos el conjunto de factores económicos y ecosociales que hacen de los barrios sociales de la periferia los lugares más aptos para el funcionamiento como territorios psicotrópicos.
8. Varios trabajos de investigación del Observatorio Permanente de Seguridad de Oporto entre 1996 y 2000 demostraban, por un lado, el crecimiento real de la criminalidad contra el patrimonio y de la victimización de la calle y, por otro lado, su imputación al fenómeno droga, haciendo aparecer al toxicodependiente como la principal figura de amenaza en un cuadro de gran intensificación del sentimiento de inseguridad.
9. En efecto, numerosos trabajos de la psicología ambiental demostraron ya el condicionamiento territorial que el miedo a la ciudad provoca, sea en la elección de los recorridos urbanos, en los lugares que se frecuentan o en el comportamiento autodefensivo ante la interacción con desconocidos (Nasar y Fisher, 1993; R. Taylor, 1987).
10. En 2002, las autoridades municipales estimaron en cerca de 700 su número en las calles de Oporto; en Lisboa, aunque no haya números oficiales, se calcula que serían más de 1.500. El único estudio etnográfico llevado a cabo con aparcacoches, aunque de carácter apenas exploratorio, fue publicado por J. Machado Pais (2001).
11. Entrevista con Philippe Bourgois publicada en 2001 con el título «Marginalidad de calle e inseguridad urbana» en *Olhares Seguros*, periódico del Observatorio Permanente de Seguridad de Oporto, año 3, nº 2.
12. Un estudio reciente (Loader, 2002) relaciona el incremento del discurso acerca de la seguridad en



Europa con la visibilidad de figuras de la desviación en el espacio público: «Un conjunto de narrativas públicas que subrayan la amenaza constituida por diversos Otros 'criminales' y 'aliens' (migrantes, traficantes de drogas, sindicatos del crimen organizado y más...) a Europa, a sus fronteras y a sus ciudadanos». Suscribimos por completo, para el contexto portugués, las constataciones de Loader.

13. Dos investigaciones etnográficas (M. Chaves, 1999, y Fernandes y Agra, 1991), estudiaron la expresión del fenómeno droga en estos espacios, respectivamente en Casal Ventoso y en el barrio de la Sé.
14. En S. João de Deus, el Ayuntamiento de Oporto inició las demoliciones por los bloques en los que residían familias gitanas. Y, al abrigo de una ley de 1945 que permitía a las autoridades municipales expulsar, sin derecho a realojamiento, a «individuos o familias con mala conducta cívica y porte moral», no realojaría a algunas familias con el pretexto de que son «traficantes de drogas», información que justifican haber obtenido de la propia policía.
15. En esos momentos, el ex-alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, visita Oporto. La influencia de sus políticas de tolerancia cero era visible en el discurso de las autoridades municipales y en la forma como buscaron sensibilizar a la policía para alejar a los «marginales» de los espacios públicos del centro urbano.
16. Es sintomático cómo, en varios discursos públicos, el alcalde, aunque reconozca que Oporto es una ciudad con baja tasa de criminalidad en el panorama europeo, apela al aumento de los efectivos policiales para la «erradicación de los aparcaches» y para el refuerzo del patrullaje en los barrios problemáticos.
17. Moita Flores. «O mito do Casal Ventoso». Diário de Notícias, 2 de Março de 1998.

## Bibliografía

- Chaves M. *Casal Ventoso: da gandaia ao narcotráfico*. Lisboa: Instituto de Ciências Sociais, 1999.
- Fernandes L, Da Agra C. *Uma topografia urbana das drogas*. Lisboa: Gabinete de Planeamento e Coordenação do Combate à Droga, 1991.
- Fernandes L. Los principios de la exclusión de la droga. *Trabajo social y salud* 2001;39:153-171.
- Fernandes L, Neves T. Ethnographic space-time: culture of resistance in a «dangerous place». En: Brochu S, Agra C, Cousineau M (ed). *Drug and crime deviant pathways*. Hampshire: Ashgate Editions, 2002.
- Loader I. Policing, securitization and democratization in Europe. *Criminal Justice* 2002;2(2):125-153.
- Machado Pais J. *Ganchos, tachos e biscates: jovens trabalho e futuro*. Porto: Ambar, 2001.
- Machado C. *Crime e insegurança. Discursos do medo, imagens do Outro*. Lisboa: Editorial Notícias, 2004.
- Machado C, Manita C. Percepções e figuras do medo na cidade do Porto. En: Da Agra C (dir). *Insegurança urbana na cidade do Porto. Estudos interdisciplinares*, vol. II. Porto: Centro de Ciências do Comportamento Desviante, Faculdade de Psicologia e Ciências da Educação da Universidade do Porto, 1997.
- Nasar JE, Fisher B. Hot spots of fear and crime: a multi-method investigation. *Journal of Environmental Psychology* 1993;13.
- Quintas J. *Drogados e consumo de drogas: análise das representações sociais* (tese de mestrado). Porto: Fac. de Psicologia e Ciências da Educação da U.P., 1998.
- Taylor R. Toward an environmental psychology of disorder: delinquency, crime and fear of crime. En: Stokols D, Altman I (orgs). *Handbook of environmental psychology*. New York: John Wiley & Sons, 1987.